

«BRILLANTE. DE OBLIGADA LECTURA.»

DARON ACEMOGLU

BEN ANSELL

POR QUÉ

FRACASA

LA

POLÍTICA

LAS CINCO FALLAS
DE NUESTRO SISTEMA
POLÍTICO Y CÓMO EVITARLAS

PENÍNSULA

Por qué fracasa la política

Las cinco fallas de nuestro sistema político
y cómo evitarlas

Ben Ansell

Traducción de David Paradela López

Título original: *Why Politics Fails. The Five Traps of the Modern World & How to Escape Them*

© Ben Ansell, 2023

Primera publicación como *Why Politics Fails* en tapa dura por Viking, un sello de Penguin Books Ltd. Penguin Books Ltd forma parte del grupo de empresas Penguin Random House.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: octubre de 2023

© de la traducción del inglés, David Paradelo López, 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 15.847-2023
ISBN: 978-84-1100-205-9



Índice

Introducción: Problemas sencillos, políticas imposibles	9
---	---

PARTE I DEMOCRACIA

1. Westminster: miércoles, 27 de marzo de 2019	39
2. ¿Qué es la democracia?	45
3. La trampa de la democracia	58
4. Cómo escapar de la trampa de la democracia	87

PARTE II IGUALDAD

5. Jeff Bezos va al espacio	111
6. ¿Qué es la igualdad?	117
7. La trampa de la igualdad	133
8. Cómo escapar de la trampa de la igualdad	164

PARTE III SOLIDARIDAD

9. Obamacare: sábado, 20 de marzo de 2010, Washington D. C.	189
--	-----

10. ¿Qué es la solidaridad?	196
11. La trampa de la solidaridad	212
12. Cómo escapar de la trampa de la solidaridad	239

PARTE IV SEGURIDAD

13. Confinamiento: sábado, 8 de marzo de 2020, Roma	257
14. ¿Qué es la seguridad?	265
15. La trampa de la seguridad	284
16. Cómo escapar de la trampa de la seguridad	301

PARTE V PROSPERIDAD

17. París: sábado, 12 de diciembre de 2015	325
18. ¿Qué es la prosperidad?	332
19. La trampa de la prosperidad	347
20. Cómo escapar de la trampa de la prosperidad	377

Cómo hacer que la política triunfe	395
------------------------------------	-----

Agradecimientos	405
Bibliografía	409
Notas	431
Índice analítico	459

Westminster: miércoles, 27 de marzo de 2019

Llegamos a la entrada de la Cámara de los Comunes con una hora de antelación. Esperábamos encontrar largas colas. Desde el estrepitoso fracaso del tercer intento de la primera ministra Theresa May para sacar adelante su plan del Brexit, los medios de comunicación estaban frenéticos. En los círculos políticos británicos solo se hablaba de cuál iba a ser el próximo paso. Los partidos habían perdido el control de sus propios diputados. Parecía que la democracia había dejado de funcionar y empezaba a desatarse el caos. ¿Había alguna manera de salir de ese atolladero parlamentario? Tenía que haber algo en lo que el Parlamento pudiera ponerse de acuerdo.

Iain McLean y yo habíamos sido invitados para asesorar a los diputados encargados de encontrar una solución. Pasamos por delante de las estatuas de los mandatarios de tiempos pasados y llegamos a las salas de los comités, en el piso de arriba. Nos sentamos en unas sillas de ante verde en un pasillo vacío y esperamos a nuestros anfitriones. Iain es probablemente el mayor experto en normas electorales de toda Gran Bretaña, autor de un libro titulado *What's Wrong with the British Constitution?* [¿En qué falla la Constitución británica?]. Si alguien era capaz de hallar la manera de salir de aquel brete, ese era Iain. Yo estaba ahí de refuerzo, en calidad de especialista en instituciones políticas. Pero ¿y si ni siquiera Iain, con

o sin mi ayuda, lograba dar con una solución? ¿Y si el Brexit era tan enrevesado que no había sistema capaz de resolverlo?

¿No debería haber sido todo más sencillo? El referéndum sobre la salida de la Unión Europea de 2016 fue un acontecimiento trascendental en la historia política británica. El «Brexit», como dio en llamarse la inesperada decisión de abandonar la UE, era en realidad una simple votación sobre una pregunta en apariencia sencilla: «¿Debe el Reino Unido seguir siendo miembro de la Unión Europea o debe abandonarla?». Los partidarios de la salida se impusieron con el 52 % de los votos, frente al 48 % de quienes votaron en contra, señal quizá de un país dividido, pero aun así una victoria clara. La democracia en acción.

El problema llegó cuando los políticos tuvieron que decidir cómo debía ejecutarse el Brexit. El pueblo había hablado, pero ¿qué había dicho? En Europa hay muchos países que no son miembros de la Unión: desde Noruega hasta Suiza, pasando por Turquía y Rusia. Algunos, como Noruega y Suiza, mantienen relaciones muy estrechas con la Unión Europea, imitan sus leyes y permiten la libre inmigración de ciudadanos europeos. Otros, como Turquía, siguen la misma política comercial que la Unión, pero poco más. Y otros, como Rusia, Armenia o Azerbaiyán, no tienen nada que ver con lo que se hace en ella. Así pues, «¿Salir de la Unión Europea?». Sí. Pero ¿cómo?

Theresa May llevaba tres años intentando encontrar una respuesta. Pasar de una simple pregunta de sí o no a diseñar un plan concreto para desvincular el Reino Unido de una organización a la que había pertenecido durante más de cuarenta años se convirtió en una pesadilla. Había que tomar todo tipo de decisiones que no aparecían en la papeleta. ¿Debía el Reino Unido permanecer en el «mercado único» de la UE, lo cual impediría poner límites a la inmigración comunitaria? ¿Debía el Reino Unido seguir formando parte de la «unión

aduanera» y renunciar a la posibilidad de establecer sus propios acuerdos comerciales? ¿O quizá debía renunciar a toda colaboración con la UE y seguir su propia senda, aun a costa de las posibles repercusiones económicas?

La cuestión de Irlanda del Norte resultaba especialmente problemática. Después de varias generaciones de conflicto violento, el Acuerdo de Viernes Santo de 1998 había marcado el inicio de dos décadas de paz entre las comunidades católica y protestante. Pero ello se debía, en parte, a la Unión Europea: la adhesión de Gran Bretaña e Irlanda significaba que no existía ninguna frontera económica entre Irlanda e Irlanda del Norte. Ahora los ciudadanos británicos habían votado a favor de abandonar la UE, pero eso a su vez auguraba la reaparición de una «frontera dura» con Irlanda, lo cual podía desestabilizar la paz. También en este respecto, el simple voto del Brexit tenía consecuencias bastante más complejas que los votantes —y los políticos— no habían previsto.

La solución de May intentaba salvar estos peligros haciendo incómodos equilibrios a la manera de un explorador polar entre dos témpanos de hielo a la deriva. Saldría del mercado único para controlar la inmigración; saldría de la unión aduanera para que Gran Bretaña pudiera suscribir sus propios acuerdos comerciales; pero al mismo tiempo proponía una «red de seguridad» en virtud de la cual el país renunciara a desviarse de las normas y la política comercial de la UE hasta que se encontrara una solución a la cuestión irlandesa. La «red de seguridad» significaba que Gran Bretaña permanecería en la órbita legislativa de la Unión durante un número indefinido de años.

Era un compromiso que satisfacía a pocos. May intentó aprobar su proyecto de ley del Brexit en tres ocasiones a principios de 2019, pero chocó siempre con la oposición de una coalición bastante inverosímil. Algunos conservadores, defensores del Brexit, votaron en su contra porque no era un «Brexit

propiamente dicho»; ellos eran partidarios de cortar por lo sano con la Unión Europea, al coste que fuera. Los laboristas, contrarios al Brexit, votaron en contra porque..., en fin, porque suponía un Brexit. Lo que ellos querían era un segundo referéndum, que supuestamente arrojaría un resultado distinto.

Una simple votación popular entre dos opciones había derivado en un enredo morrocotudo una vez constatado que había muchas más de dos formas de «hacer el Brexit». El proyecto de ley de Theresa May garantizaba, en efecto, la salida formal de la Unión Europea, tal y como habían exigido los ciudadanos. El problema residía en el «cómo». A veces la democracia pone las cosas bien difíciles.

Iain y yo caminamos por los silenciosos pasillos hasta una mesa en forma de herradura en la sala de la comisión parlamentaria, donde solo había dos diputados, uno conservador y otro laborista. En la política británica es muy poco habitual que un diputado conservador se ponga del lado de otro laborista en asuntos que atañen directamente a su Gobierno, pero en esta ocasión ambos habían visto que era necesario cooperar. Frustrado el proyecto de ley del Gobierno, y habiendo en danza al menos otros cinco posibles planes de Brexit, además de un referéndum sobre la posibilidad de revertirlo, querían saber si existía algún método para que el Parlamento eligiera una entre todas esas posibles soluciones. En otras palabras, ¿podría funcionar la democracia?

Les presentamos varios sistemas de votación que el Parlamento podía emplear para tomar una decisión. Cada uno tenía sus méritos. Algunos favorecían las soluciones de compromiso; otros propiciaban desenlaces más claros, aunque polarizadores; otros sistemas exploraban si alguna de las opciones tenía posibilidades de obtener un mínimo respaldo entre una mayoría de los diputados.

Después de exponer los pros y los contras de cada método, el diputado conservador nos detuvo. Se había dado cuenta

de la conclusión obvia: los representantes eran incapaces de ponerse de acuerdo en nada, de modo que tampoco se pondrían de acuerdo en qué método adoptar para ponerse de acuerdo en algo. Cada sistema de votación favorecía un resultado distinto, por tanto la elección de un sistema de votación se convertía en un sucedáneo del debate de fondo. Volvíamos a estar en la casilla de salida.

Sin embargo, ellos ya tenían un plan bajo la manga. Para esa tarde estaba programada una «votación indicativa» sobre las opciones para el Brexit. Para ello se adoptó el procedimiento más sencillo posible: el del «voto aprobatorio», en el que cada opción se consideraba por separado y simplemente se pedía a los diputados que dijeran si la aprobaban o no. Eso, sin duda, ayudaría a determinar el conjunto de opciones que los diputados podían llegar a aceptar y dejar para otro día la tarea, más complicada, de elegir entre ellas.

Los votos aprobatorios se emitieron cuando abandonábamos Westminster. Sonó la campana y los diputados corrieron a dejar constancia de las opciones a las que podían resignarse. Mientras Iain y yo tomábamos una cerveza y comentábamos la jugada en un pub delante del Parlamento, donde el Big Ben acababa de dar las nueve, eché un vistazo a Twitter para ver cómo procedían las votaciones. Una a una, las distintas opciones iban viendo cómo se decidía su suerte. Ninguna obtuvo el respaldo de la mayoría de los diputados. Obligada a elegir entre una miríada de posibilidades distintas, la democracia parlamentaria estaba encallada.

En general, defendemos la democracia como principio, pero a menudo resulta imposible trasladarla a la práctica. Y aquí reside el meollo de la trampa de la democracia: *la «voluntad del pueblo» no existe*. El pueblo británico había expresado su voluntad, pero el Parlamento era incapaz de cumplirla. Incluso reduciendo la democracia a la dicotomía «irse/quedarse», parecía imposible saber cómo aplicarla. Y la vida suele

ser más compleja que una simple pregunta de «sí» o «no»: existen un sinnúmero de disyuntivas, diferentes maneras de llevar a cabo un mandato. Por tanto, cuando llegó el momento de ejecutar el Brexit, ¿hubo realmente una «voluntad popular» clara? Parece ser que no.